

Licencia Creative Commons 2016

Reconocimiento — NoComercial (by-nc) Se permite la generación de obras derivadas siempre que no se haga un uso comercial. Tampoco se puede utilizar la obra original con finalidades comerciales.

Edita: Máster en Comunicación con Fines Sociales: Estrategias y Campañas. Universidad de Valladolid Campus María Zambrano de Segovia. ONGD AIDA.

 $\bf Dise\~{n}o$ y edición: Gloria Vela Fadrique & BAIANAI.



Índice

INTRODUCCIÓN	4
CUENTOS	6
IBALA Y LOS LIBROS	10
TUNLAI Y LAS PEQUEÑAS SEMILLAS	12
CADA UNO RECOGE LO QUE SIEMBRA	16
LA INMENSIDAD	20
MEREY	26
LOS CACAHUETES DE ALIU	28
AWA Y LA SEMILLA MILÚ	32
LA SEMILLA DE LA FELICIDAD	36
ZENABU	38
CRÉDITOS Y AGRADECIMIENTOS	

Introducción

Este es un libro solidario elaborado por el alumnado del Máster en Comunicación con Fines Sociales: Estrategias y Campañas, de la Universidad de Valladolid. Se trata de una serie de cuentos dedicados a sensibilizar sobre el derecho a la alimentación y la idea de la Soberanía Alimentaria.

El libro está dedicado a un proyecto de huertos comunitarios en Kolda, Senegal, desarrollado con la ONGD AIDA. En Senegal, las mujeres no tienen derecho a la propiedad y gestión de la tierra. Este proyecto de cooperación al desarrollo ha conseguido que un grupo de mujeres pueda gestionar unos huertos comunitarios, con el que pueden trabajar y cuidar la alimentación de su comunidad con una dieta variada, ecológica y sana.

El artículo 25 de la Declaración Universal de los derechos humanos reconoce que "toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, (...)".

La Soberanía Alimentaria es el derecho de los pueblos, comunidades y países a definir sus propias políticas agrícolas, pastoriles, laborales, de pesca, alimentarias y agrarias que sean ecológica, social, económica y culturalmente apropiadas a sus circunstancias exclusivas. Esto incluye el derecho real a la alimentación y a la producción de alimentos, lo que significa que todos los pueblos tienen el derecho de tener alimentos y recursos para la producción de alimentos seguros, nutritivos y culturalmente apropiados, así como la capacidad de mantenerse a sí mismos y a sus sociedades.

Esperamos que este libro inspire a niños y niñas a seguir ilustrando y coloreando la idea de soberanía alimentaria, para que sea una realidad compartida.

Ibala y los libros.



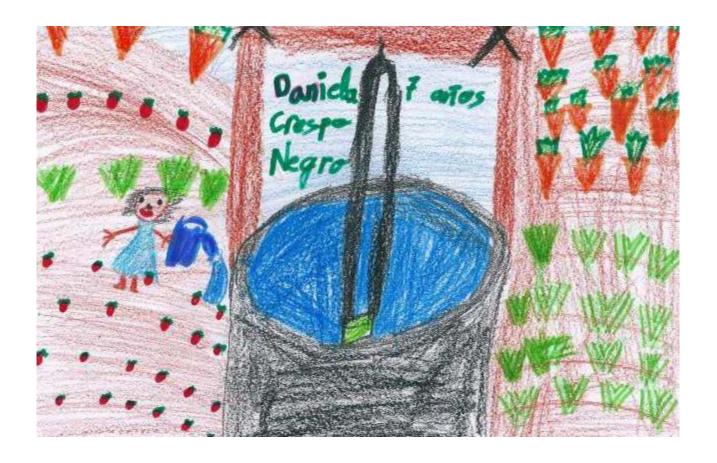
—Déjalo ya, Ibala. No pienses más en eso que has visto— le aconsejó Diana, su mejor amiga, mientras cargaba en su hombro un pesado cesto de zanahorias recién recogidas. Ibala no contestó. Agachó la cabeza escondiendo su mirada de decepción. Esperaba que su amiga le apoyara y no cayera en el conformismo de creer sólo en lo que había visto con sus propios ojos. Imitó a Diana y se alzó al hombro otro cesto repleto de zanahorias. Les esperaban siete kilómetros de regreso a su pueblo; Saré Koubé, en la región de Kolda.

Desde que lo había tenido en sus manos, su vida había cambiado. Antes era más alegre y positiva. Recorría el trayecto hasta las tierras cantando, bailando y animando al resto de chicas cuando las veía tristes. Cada una tenía su historia, sus anhelos y sus problemas, e Ibala era una consejera maravillosa para todas. Prueba de ello eran las amenazas que había sufrido por parte de algunos hombres; 'deja de meterle ideas raras a mi mujer en la cabeza o te las verás conmigo', le había dicho Abdul, el alcalde de Saré Koubé.

Ibala había encontrado días atrás, yendo al trabajo, un libro tirado en la cuneta. Le faltaba la portada, pero en cada página impar, en la parte superior, venía el título: 'Senegal, por un reparto justo de la tierra y sus alimentos'. Se lo metió en su zurrón mirando a ambos lados temerosa por si alguien lo reclamaba. Nadie se dio cuenta. Sintió una alegría inmensa. Ya era suyo. En su pueblo buena parte de los habitantes no sabían leer. Ellos no se habrían agachado a recogerlo; quizás hasta le hubieran dado una patada para apartarlo de su camino. Pero Ibala podía escribir y leer en francés gracias al esfuerzo que habían hecho sus padres cuando era pequeña, y en cuanto tenía la oportunidad devoraba cualquier libro que cayera en sus manos. En el pueblo trabajaban unos cooperantes franceses que, de regreso de sus viajes, le traían siempre libros. Su preferido era 'La isla misteriosa' de Julio Verne.

Sin embargo aquel libro era diferente. Era el primero que leía sin ser de ficción. Hasta entonces había vivido aventuras, historias de amor, asesinatos, éxitos, fracasos, grandes escapadas... cada historia la disfrutaba como si fuera realmente la protagonista.

A medida que lo iba leyendo la sensación de incredulidad iba dejando paso a la indignación y a la impotencia. ¿Cómo era posible de que todo aquello que describía el libro fuese cierto? En sus aproximadamente trescientas páginas, el autor, de nombre Pierre Diop, denunciaba las miles de toneladas de comida que se tiraban a la basura en occidente, en los países llamados 'ricos'. Miles y miles de kilógramos desechados por normativas absurdas, por el despilfarro de los consumidores, por un consumo sin límites... Posteriormente, a partir de la página cien, Diop daba el salto a su país e igualmente ponía el grito en el cielo por el inmovilismo y la corrupción gubernamental, por no proveer a los ciudadanos de las herramientas básicas para poder labrar sus propias tierras de forma eficiente y más allá de la agricultura de subsistencia que practicaban.





¿Por qué esas diferencias?, se preguntaba desde entonces Ibala. Había leído el ensayo tres veces, como si en una nueva lectura fuese a encontrar alguna explicación. Pero ésta no llegaba, y su insatisfacción iba en aumento. Llegó a arrepentirse de haberlo leído; desde la ignorancia podía ser más feliz, pero cuando volvía a casa, después de una dura jornada de trabajo, y viendo como tanto sus compañeras como ella recorrían largas distancias con las hortalizas y los cereales en las gigantes cestas, se alegró de haber sabido que existían desigualdades y derroches, y se prometió que a partir de ese día lucharía con todas sus energías para que Saré Koubé, Kolda y Senegal al completo, tuvieran la oportunidad de prosperar y de crear entre todos un futuro más justo y equitativo para ellos.



Tunlai y las pequeñas semillas.



Aquella tarde Tunlai se sentía feliz.

Su pequeño universo estaba rozando la armonía.

Sus tres hijos —dos niñas y un niño- jugaban y alborotaban con los otros pequeñuelos de la aldea... ¡Y tenían cosas ricas que comer!

Recordaba el día en que llegaron a sus manos esas pequeñas semillas. También le vino a la cabeza la bendición de aquel primer pozo... Y una lucecita iluminó su mente. ¡Tunlai sonreía!

Aquella charla con sus vecinas abrió la puerta a una vereda llena de promesas de vida; era un camino de todas, porque todas empeñarían su voluntad.

Cuando las mujeres comenzaron a poner los pequeños palos en el campo cercano, para proteger su faena de los animales, los hombres del poblado pensaron que eran cosas de mujeres y, acostumbrados a verlas siempre trabajando, no prestaron demasiada atención a la actividad extra que realizaban esos días.

Aquel primer brote verde fue la promesa de que su esfuerzo tendría una compensación.

¡Frente a ella estaba la huerta! Algunas de sus amigas se iban adentrando en ella seguidas de los niños y, cogiendo su azada, se ponían a trabajar y a regar la tierra...

Desde la llegada al poblado de la maestra, podían arrancar un poco de tiempo a su atareada vida. Y, algo mucho más importante: los niños y las niñas aprendían cosas que a ellas sólo les había estado permitido soñar.

Su tesón, su trabajo y su ilusión, ganaban cada día la batalla a la incertidumbre. El derecho a una alimentación comunitaria se había instalado en su aldea.

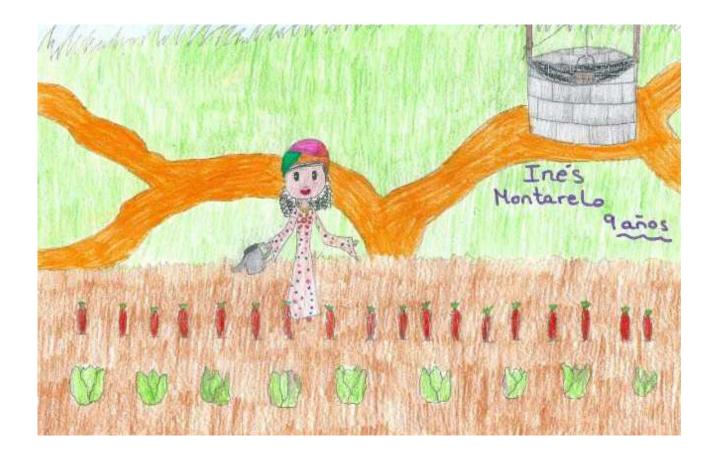
Además, ellas, junto con la maestra, estaban logrando que el interés y la pasión por una vida más habitable aumentaran en su entorno.

Tunlai sintió como la vida se movía en sus entrañas y adivino un futuro mejor, no sólo para sus hijos, también para sus hijas.

Tunlai, agotada por el gratificante esfuerzo, sonrió feliz.



Cada uno recoge lo que siembra.



La aldea de Alíu se despertaba un día más. Hacía calor y ese polvo en suspensión se metía en los ojos. Era muy molesto.

Las mujeres de la casa se ponían en marcha una vez recogida la mesa. La abuela se puso aquel turbante de colores que tanto le gustaba a Aliú. A su madre le gustaban más los colores oscuros como el azul o el morado. A ella aún no le dejaban decidir qué ponerse pero algún día lo haría y elegiría el amarillo, sin duda.

Ese día Aliú acompañó a su madre y a su abuela a trabajar la tierra, la profesora estaba enferma y no había colegio.

Estaba encantada, le gustaba ver como aquellas mujeres sembraban semillas y recogían los frutos entre canciones, cotilleos y críticas a sus maridos. Era como un ritual, su ritual.

Aliú era una niña curiosa y no le gustaba quedarse con la duda de nada. Le preguntó a su abuela por qué sembraban lo que sembraban y qué hacían con ello, porque Aliú no recuerda haber comido tomate o mango en su casa, es más en su casa sólo había arroz acompañado de maffe de cacahuetes que recogían en la pequeña huerta que tenían detrás de casa, pan de maíz que le compraban a Mokú el panadero de la aldea y el día que mamá se levantaba temprano para ir al mercado traía frijoles y pescado seco del puesto de Mashala. Su abuela le respondió que uno no siempre recoge lo que siembra, que en ese caso todo lo que recogían iba a parar en manos de un señor que les pagaba por ello. Los tomates y los mangos que recogían se los entregaban a tres hombres del pueblo que venían con una camioneta y les pagaban por ellos, cada día un precio, que según mi abuela dependía de si el sol calentaba mucho o poco ese día, vamos de la voluntad de aquellos señores en definitiva.

Aliú no entendía nada pero asentó con la cabeza y se limitó a mirar a aquellas mujeres, mujeres trabajadores y mujeres felices.

Al día siguiente Aliú tampoco tuvo colegio, la profesora seguía enferma, así que se fue de nuevo con su madre y con su abuela a las huertas. Cuando llegaron, ninguna de las mujeres estaban trabajando, estaban todas en círculo, rodeando a alguien, estaban calladas, lo que picó aún más la curiosidad de Aliú. Su abuela le pidió que se quedara sentada junto a los canastos, ¡qué fastidio!

No podía quedarse allí, se levantó y a hurtadillas se acercó a aquellas mujeres que no parecían las mismas del día anterior. En el centro había una chica, creo que se llamaba Aída porque lo ponía en su chaleco pero no era de la aldea aunque las demás la habían recibido como si fuera una más, así eran las mujeres de su aldea.

Habló de muchas cosas, habló de derechos, habló de entregar herramientas a las mujeres para facilitar su trabajo, de enseñarles cómo trabajar su propia tierra para poder recoger sus propios alimentos, habló de ser mujeres autónomas e independientes, dos conceptos que Aliú no entendió.





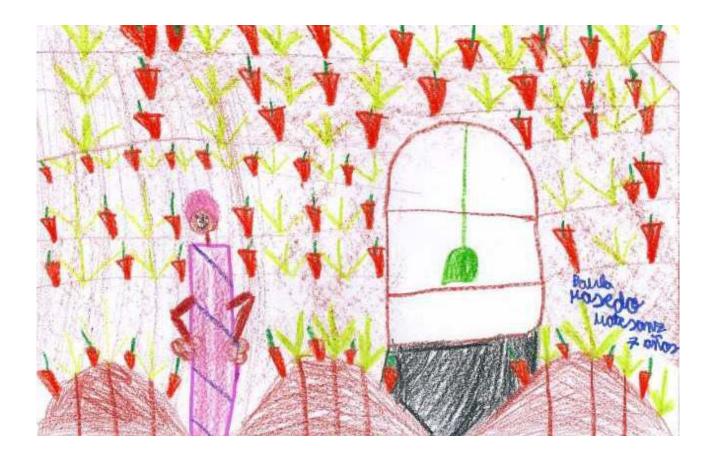
Una de las mujeres del círculo la vió y le hizo un gesto para hacerla entender que no debería estar allí, Aliú bajó la cabeza y volvió a sentarse junto a los canastos.

Al cabo de un rato el circulo se difuminó y la chica joven se despidió de todas para después subirse a un coche y marcharse. Las mujeres se acercaron hacia donde estaba Aliú sentada, cogió cada una un canasto y se pusieron a faenar. Aliú esperó a que se acercara su abuela para preguntarle qué es lo que les había contado aquella chica y preguntarle todas las cosas que no había entendido.

Su abuela se acercó y se agachó para acariciarle la cara como agradecimiento a lo bien que se había portado. Antes de que se marchara Aliú le preguntó sobre lo que les había contado aquella mujer y su abuela con una sonrisa y con la mirada más llena de vida que nunca le dijo muy despacio que a partir de aquel día sí que recogerían lo que sembraban.



La inmensidad.



No tenía tiempo que perder, eran ya pasadas las 6.30 a.m y había amanecido hacía pocos minutos. Khady salió rápidamente del piso.

Hacía tiempo que se había acostumbrado a la inmensidad grisácea del Khua Taco, el barrio donde vivían todas las familias de la etnia Diola, o al menos, los supervivientes. Ya pocos quedaban después de la gran tormenta, abandonar sus hogares, la naturaleza y sus costumbres fue un duro golpe. Era recurrente que se preguntaran quién se llevó más vidas, la tormenta o el Khua Taco.

Khady iba con prisa, pero aunque sabía que llegaba puntual a la fábrica. Entraba a las 8, podía tomar algo de té en el Difasol, leer el Khuanews con tranquilidad, no solía haber nadie.

Miraba por la ventana con la mirada somnolienta y triste, aún se acordaba de su madre, Kupanga, siempre le hablaba de los colores de las flores, y de como cada uno de ellos tenían un significado para los Diola.

Pero su madre no llegó a vivir en Khua Taco, y allí no había flores.

Ya no le gustaba fijarse en esos detalles. Después de la gran guerra, y el avance del desierto por todo Senegal, los problemas cambiaron. Mas del 65% de los hombres murieron o desaparecieron. Las mujeres tuvieron que, una vez más, hacerse cargo de un país desectructurado, y de un futuro incierto.

Las constantes tormentas de arena, y el resurgir de la violencia por el hambre, hacían imposible vivir en Kholda. Y la familia de Kady tuvo que desplazarse a Guinea, con sus tíos. No había muchas más opciones.

Su madre. Las semillas. Todo ello estaba ya olvidado, la fábrica le ocupaba todo su tiempo, era su vida. Limpiar con acetato todas las piezas era duro. Al fin y al cabo trabajaba, no todas podían decir lo mismo.

Se levantó rápido, faltaban pocos minutos para entrar, no tenía tiempo que perder. Se acercó a la barra, pagó y se fue. Sintió un golpe. Alguien le agarró de la mano fuertemente, acababa de abandonar el pomo del Difasol cuando se giró y

vio a una mujer de ojos grandes y turbante carmesí. Presionaba intensamente su dedo pulgar contra su palma, se sentía inmóvil. Algo le estaba pasando:

Tu pasado en Kholda ya no importa. Como las semillas de tu madre. Como todas esas cosas pequeñas que no quieres guardar. No son útiles.

Y menos en la fábrica.

Salió corriendo, no quería mirar atrás. Le habían hecho daño, y no en la palma de la mano. Tampoco por su madre o su pasado, tenía miedo de la verdad, de la fábrica, de sus sueños, de lo que había olvidado, de las semillas, de los colores y las flores, del olvido, del mundo pequeño, el que construye el mundo grande.

El que da respuestas.









Merey.



Merey sostenía la bolsa con las dos manos mientras caminaba cabizbaja. Notaba como sus fuerzas flaqueaban y lo que le había parecido una muy buena idea hace un día, se tornaba ahora en una mala decisión y un plan lleno de incógnitas. ¿Cómo llegaría a pie a su poblado en Diana Bâ antes de que anocheciera? ¿Cuántas horas más podría aguantar el hambre?

¿Podría resistirse a comer todas las semillas que llevaba en la bolsa?

Había sido una completa inconsciente escapándose sola, pero su madre no creía que en Kolda pudiera haber extranjeros que ayudasen a las mujeres entregándoles semillas y ayudándoles a ser independientes, ni ella ni nadie de su pueblo. Pero se equivocaban, y ella también si pensaba que volver a casa sana y salva era una posibilidad.

En la lejanía se veía el bosque sagrado que había entre su poblado y Kolda. Nadie podía entrar allí, se tardaba un día entero en llegar a su poblado desde el bosque y no había forma de conseguir comida.

Siguió arrastrando sus pies, llenos de dudas.

Veía sus manos moradas y el horizonte rojo como un incendio, sin duda no faltaba mucho para el anochecer. Hincó sus rodillas en el suelo, y apoyo media cara contra el suelo, como queriendo escuchar la tierra. Entonces rompió a llorar inconsolablemente y quedó completamente tendida en el suelo. Abrió la bolsa con una mano y comprobó que solo quedaban tres semillas.

Recordó a su madre, al poblado, sus historias, sus mitos y sus habladurías.

Se lamentó de no tener una imagen del rostro de su padre y muchas de su madre llorando tras su pérdida. Tanto lloró ella que dicen que despertó y atrajo a los espíritus y ningún hombre intentó volverse a acercar a ella. Tanta pena, decían, no podía tener un origen natural. Tanta pena, le dejó débil sin ganas de seguir adelante, sin fuerza para recoger las semillas que ahora Merey intentaba llevar al pueblo.

Nadie en el poblado confiaba en que su madre pudiera sacar a las dos adelante, mantener una casa sin un marido y mucho menos tener un huerto propio con el que poder alimentarse e intercambiar en el mercado.

Completamente extendida sobre la tierra, todos esos pensamientos retumbaban en su cabeza. Lo bueno y lo malo, la tradición y el poblado, lo sagrado y lo prohibido. Llena de miedo, se atrevió a pensar que todos esos conceptos podían ser producto de gente con un miedo parecido al que ella sentía ahora, miedo a la incertidumbre, a lo desconocido.

Con ese nuevo pensamiento, vio el bosque sagrado que estaba a un día a pie de su aldea, con nuevos ojos.



Nunca nadie se había atrevido a entrar, pero nunca antes nadie se había atrevido a hacer lo que había hecho ella, ni a escaparse del poblado ni a ir a Kolda en busca de las semillas extranjeras que allí poseían las mujeres. A lo mejor la tradición no la estaba dejando ver las cosas como eran, no estaba pudiendo ver el árbol en el bosque. La tradición tampoco había aceptado las semillas en un primer momento en la región de Kolda, pero ahora eran un recurso valioso y protegido.

-Merey- dijo su nombre, -Merey- volvió a repetirse... Una gran luna aparecía en el horizonte e iluminaba el bosque prohibido a contraluz. -Merey- repitió una tercera vez mirando fijamente el gran árbol central que parecía apoyarse en el resto del bosque para que su copa sobresaliera. Entonces, levantó rápidamente su cuerpo del suelo y corrió entre lágrimas y gritos de alegría hacia el bosque.

-Merey- siguió repitiendo, al ritmo que destrozaba sus pies contra el suelo polvoroso.

Su padre le había salvado. La gente del poblado no lo sabía, o hubieran entrado en cólera, pero su padre le puso el nombre del árbol sagrado de su pueblo, el árbol que coronaba el bosque sagrado. Merey, Caguill, Anacardo, eran nombres extranjeros que se le daban a nuestro Árbol, y nadie lo sabía en la aldea. Su padre lo escuchó de boca de un comerciante en la desembocadura del río Casamance y quedó enamorado del sonido. El comerciante también le contó que ese árbol producía un fruto muy nutritivo y codiciado por los extranjeros. Su madre se lo contó después de que él muriera.



Para suerte de Merey, podría alimentarse lo suficiente del gran árbol para no tener que comer más semillas y poder conservar las 3 que le quedaban. Además de grandes troncos milenarios y sus ramas, que le darían cobijo por una noche.

Mientras seguía corriendo hacia el bosque, sujetaba fuerte la bolsa de semillas, apretándolas contra el corazón y con la total seguridad de que llegaría a la mañana siguiente con ellas al poblado y su madre lloraría, pero esta vez de alegría. Sabía que irrumpir en ese bosque sagrado no era lo que su pueblo esperaba de ella, pero si no lo hacía, su madre moriría de pena esperándole, y los dioses y las tradiciones le parecieron por primera vez, menos importantes que lo que ella sentía que debía hacer.







Los cacahuetes de Aliu.



Me llamo Aliu y tengo 7 años. Me gusta mucho aprender, descubrir cosas y comer cacahuetes. Todos los días, cuando voy a la escuela, tengo que recorrer el mismo camino. Siempre paso por los mismos sitios pero lo que más me gusta del camino es detenerme en la huerta donde trabaja el grupo de mujeres. Mi madre también trabaja allí con ellas y me encanta saludarle antes de seguir el camino a la escuela. Mi madre siempre está sonriendo y le gusta trabajar cuidando las plantas de la huerta.

Ella echa semillas en la tierra y después de unos días recoge los frutos que salen. Suelen salir unos cacahuetes riquísimos y muy sabrosos.

Hace un tiempo llegó a la aldea un grupo de señores extranjeros que querían enseñar a las mujeres de la huerta, y también a mi madre, a cultivar otros frutos. A mí no me gustaban esos señores, vinieron a la aldea porque querían plantar otras cosas en las huertas. Pero yo quería que siguieran plantando cacahuetes.

Cuando regreso a la aldea después de la escuela, paso otra vez por la huerta para volver con mi madre y las otras mujeres a casa. Mientras ellas hablan, yo juego a saltar las piedras que encuentro por el camino. Aunque también las escucho hablar. Siempre comentan cosas sobre la huerta. Antes decían que los señores extranjeros no eran buenos, que tenían que marcharse a sus casas y dejarnos en paz. Esos hombres querían quitarnos los cacahuetes.

Después de que mi madre y todas las mujeres de la aldea se enfadaran con aquellos hombres, ellos se marcharon, por fin. Ahora, mi madre y sus amigas vuelven a plantar cacahuetes, se ríen como antes y hablan de los cacahuetes cuando volvemos a casa. Yo sé que a ellas también les gustan.

Sé que mi madre ha dejado de estar triste porque vuelvo a verla sonreír todo el rato. Yo también estoy muy contento porque podemos reírnos y comer cacahuetes hasta que nos duele la tripa.



y la Semilla Milú.



Érase una mañana de principio de Junio. El sol resplandeciente intentaba asomarse en el horizonte. En el huerto de Clara ya habían comenzado a salir los primeros tomates rojos y con aspecto jugoso. Esos eran los primeros tomates de la temporada y Clara estaba orgullosa de su cosecha. Pero sobre todo de uno en concreto que brillaba y destacaba entre todos los demás.

De ese tomate nacía nuestra semilla Milú, junto a sus 20 hermanas más. Su madre, la planta de los tomates, estaba

muy contenta por sus hijitas y quería que fueran felices en la vida. Para ello quería que crecieran en el mejor huerto que hubiera en la zona.

Se les preguntó que donde querían ir y entre las hermanas lo estuvieron hablando y reflexionando durante un par de días. Milú, sentía que su sitio no estaba allí y que quería crecer en otro lugar. Así que cogió su mochila y esa noche se puso de viaje.

El objetivo principal de Milú era que quería ayudar a la gente, pero no sabía cómo llevar a cabo su propósito. Era muy joven y tampoco entendía cómo funcionaba el mundo. Por ese motivo, en su viaje tenía que aprenderlo. Cuando llevaba dos días de viaje, pensó en el origen de su existencia e intentó buscar un huerto. Es lo único que cono-

cía bien. Así que se acercó a uno en el que parecía que había

cultivos.

Milú, era muy vergonzosa por lo que al principio no se atrevió a acercarse y observó lo que pasaba en ese huerto.

De repente una semilla de trigo se la acercó y le preguntó, quién era y qué hacía allí. Milú la contesto que era una semilla de tomate y que quería ayudar a la gente pero quería aprender más de cómo llegar a ser una planta madura. A la semilla le gustó su plan. Así que la enseñó como de una semilla surgía una planta fuerte y llena de frutos.

Primero se acercaron a María, la agricultura, y la vieron coger una zona de tierra, donde comenzó a hacer surcos y ahí pequeños hoyitos.

Le explicaron a Milú que la tierra tiene una serie de minerales que le harían fuerte. Además necesitaba que la diera el sol por las mañanas y un poco de agua para poder crecer.

Le hablaron a Milú, que había zonas un poco lejanas de allí, en Senegal donde había poco acceso para llegar. En Senegal, no había semillas como ella y por tanto las agriculturas, desconocían que eran ellas. Además Senegal, necesitaba de alguien que les explicara como crecían y con eso ayudaría a dar de comer a mucha gente.

Milú en ese instante supo cual sería su objetivo. Les dio las gracias a las semillas y a María y se fue a Senegal a una región llamada Kolda. Quería hacer llegar a todo el mundo sus conocimientos y sobretodo ayudar.



Después de un viaje duro, Milú estaba tan agotada pero feliz al mismo tiempo de haber llegado, que apenas notaba el cansancio. En la región de Kolda, se encontró a una niña Awa, que junto a su madre, estaba cogiendo agua en el pozo para regar el cultivo que tenían al lado de su casa. Milú las miró y le comento para que motivo estaba allí.

Awa y su madre interesadas por lo que les había explicado fueron emocionadas a buscar a otras mujeres más, para que Milú les contara toda su historia. Su propósito era quedarse en ese lugar y ayudar en lo que diera falta. En Kolda llevaban una época en que su cultivo no germinaba y no daba tantos frutos como lo hacía hasta entonces.

Las mujeres junto a Awa, estaban preocupadas porque si seguían así sus familias comenzarían a pasar hambre si no hacían algo para mejorarlo.

Por eso, la llegada de Milú creó gran expectación, porque prometía que con lo que había aprendido a lo largo de su viaje y con todo los recursos que tenían en Kolda, entre todos podían tener una gran solución para su problema. Después de unos mese de la llegada de Milú, el problema omenzó a mejorar . Así que todos estaban tan contentos que lo festejaron por todo lo alto y fue el primer comienzo para que Kolda no volviera a tener dificultades entre sus gentes.

Desde entonces y gracias a la aportación de conocimientos para cultivar de Milú, Kolda recuperó la sonrisa que le había sido borrada.



La Semilla de la Felicidad.



Leiza se despertó esa mañana con los primeros rayos de sol que entraban a través de los trozos de tela que usaba como cortinas. Miró a través de ellas y vio que algunas de las mujeres que formaban parte de su aldea ya estaban preparadas para ir a trabajar. No eran muchas, puesto que en los últimos años muchas familias habían abandonado la zona para ir a otras con más recursos; aquí la sequía y los animales destrozaban los pocos alimentos que podían cosechar.

A pesar de ello, Leiza seguía aguantando en la aldea porque tenía esperanzas de prosperidad. Hacía unos meses, había comenzado a trabajar en las huertas junto a otras mujeres y confiaba en que todo su esfuerzo daría sus frutos muy pronto. Aunque el trabajo era duro, no podía dejarlo puesto que sus tres hijos tenían que alimentarse para crecer fuertes y sanos.

Todas las mañanas, dejaba a sus pequeños jugando con otros niños de la aldea, como Aliu, Niara y Tupak. Las mujeres se turnaban para que una cuidase de todos mientras el resto se iba a las huertas. No podían contar demasiado con los hombres ya que, aunque trabajaban tanto o más como ellos, no permitían que tomaran decisiones.

Después, iba a trabajar a las huertas. Araban la tierra, limpiaban los hierbajos que molestaban, plantaban las semillas una a una y regaban. Aún no había salido ninguna planta, pero Leika tenía paciencia y sabía que algún día saldrían.

Algunas mujeres empezaban a desanimarse por trabajar tan duro para nada, pero Leika las animaba para que siguieran adelante, aunque había ocasiones en que ni siquiera ella podía creerse sus palabras. Sin embargo, saber que en otras aldeas cercanas las plantas se habían convertido en cereales y hortalizas que permitían que todas las familias se alimentaran cada día la animaba a continuar. ¡Incluso algunas personas habían mejorado su estado de salud!

Esa mañana, Leika fue a trabajar como el resto de días, pero fue diferente.

Cuando llegó a las huertas, vio a un montón de mujeres arremolinadas alrededor de la tierra. Leika se temió lo peor: seguro que algún animal por la noche había pasado por allí y les había estropeado el trabajo de semanas.

Sin embargo, al acercarse al grupo vio sonrisas en sus caras. Se hizo hueco entre el resto de mujeres para ver qué ocurría, y ocurrió lo que tanto tiempo llevaban esperando: las semillas estaban empezando a brotar y los primeros tallos asomaban en la tierra.

Muy pronto podrían recoger los frutos de su trabajo.

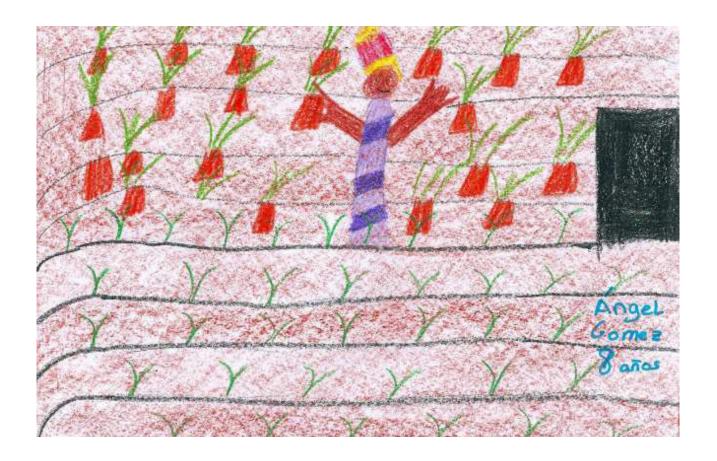








Zenabu.



Zenabu espera una vida mejor para, Keita, su hijo de cuatro años y para sus padres: Diara y Queen, y sus tres hermanos, Tafari, Sirhan y Kibo y su hermana pequeña, Leiza, para su abuelo Moroni y su abuela Blessing.

Zenabu cada mañana sueña e imagina una vida llena de color, de luz, de esperanza, de sueños, de alegría... Zenabu siempre alegre por el nuevo amanecer, siempre llena de entusiasmo, siempre en armonía con su propia vida, con su destino, con su suerte.

Zenabu cada mañana sale, reemprende su camino, un camino largo y costoso, un camino lleno de vida junto a otras mujeres, mujeres con las que comparte sueños y esperanzas, deseos y luchas. Zenabu cada mañana, cada instante busca en su interior la fuerza para avanzar, para posibilitar caminos de vida para ella y su familia. Cada mañana toma su cántaro, su pequeño cántaro y emprende el camino, el largo camino hasta el pozo, el pozo de la vida, el pozo que les posibilita su espacio, espacio propio de Zenabu y sus amigas, espacio en el que los sueños, esperanzas y deseos se hacen grandes, muy grandes.

Zenabu, cada mañana a la vuelta del pozo, alimentada del camino, comienza su trabajo, su trabajo que le permite no solo alimentar a ella y a toda su familia, sino que le hace crecer, expandirse, hacerse dueña de su propio destino, crecer desde y en la madre tierra. La madre tierra que la alimenta a ella, a su familia, a sus sueños y esperanzas, a sus deseos. La pequeña huerta que comparte con sus amigas, con sus hermanas.

Zenabu planta, riega, cava, espera pacientemente, un día y otro y otro día más, Zenabu va al pozo, alimenta sus sueños y esperanzas, y vuelve a la madre tierra, a su pequeña parcela, la riega, la cava y espera pacientemente, un día y otro y otro día más.

Zenabu crece, crece y crece por dentro, como la semilla crece, crece y crece en el seno de la tierra, la madre tierra, hasta alimentar los sueños y esperanzas, los deseos.



Gracias a todos los niños y niñas.

Sería nuestro deseo que todos los dibujos entraran en el libro y acompañaran un relato.





Créditos y Agradecimientos

Ilustraciones

Elena Tabanera, 9 años.

Antonio Pérez, 8 años.

Sara Pérez, 10 años.

Fabio Vaca Tejedor, 10 años.

Ana Pérez, 13 años.

Javier Manso, 10 años.

Raquel Tabanera, 12 años.

Irene de Andrés Muñoz, 8 años.

Shelsy Rivera Barrio, 8 años.

Angel Gómez, 8 años.

Paula Masedo Matasanz, 7 años.

Sara Martínez Lázaro, 4 años.

Blanca Olmos Domínguez, 7 años.

Marc Crespo Negro, 6 años.

Virginia Montarelo, 7 años.

Inés Montarelo, 9 años.

Daniela Crespo Negro, 7 años.

Marina Vidal, 6 años.

Alejandra Llorente Varas, 6 años.

Laura Municio, 7 años.

Leire González, 6 años.

Pilar Losua Dávila, 7 años.

Lía Bernardo, 5 años.

Nerea González González, 7 años.

Mario Fernández Velasco, 8 años.

Ángela Blanco, 9 años.

Diana Krasimirova, 9 años.

Pablo Sánchez, 9 años.

Patricia Valentín, 8 años.

Jesús Cano Benito, 9 años.

Roberto Montes Gómez, 9 años.

Paula Guijarro Martín, 8 años.

Paula San Álvaro García, 6 años.

Elena M. L., 10 años.

Lucía Merino, 9 años.

Julia Merino Gil, 7 años.

Marina Martín Requena, 11 años.

Héctor López Valero, 7 años.

Julia Martín Tejedor, 4 años.

Carla Domingo Hidalgo, 4 años.

Guillermo Gutiérrez de Lucas, 6 años.

Irene Fernández, 6 años.

Etna Gila Plaza, 6 años.

Leonor Pascual Miguelañez.

Carmen Xing Redondo, 6 años.

Marina Martín, 5 años.

Irene Martín, 5 años.

Gala de Julián García, 5 años.

Alicia Velasco Lázaro, 6 años.

Textos

Juan García.

Sandra María de Gil Gómez.

Rosa de Lima Maestro Renedo.

Alberto Martín García.

Kevin Alejandro Medina Becerra.

Álvaro Mehrgut Palenzuela.

Consuelo Rojo Fernández.

Verónica Ruíz Vargas.

María Sáez González.

Gloria Vela Fadrique.

Miguel Castro.

Agradecimientos

ONGD AIDA. Paula Sánchez-Alciturri,

Santiago Rodríguez Gil y Amagoia Labarga. A todas las personas de Kolda, del proyecto de huertos solidarios AIDA, por inspirarnos

con su historia y sus imágenes.

Profesoras del taller de animación a la lectura del Ayuntamiento de Segovia:

Elena Marqués López.

Ruth Martín Álvaro.

Proyecto de Cooperación al Desarrollo

Esta iniciativa se enmarca dentro del proyecto "Promoción de la soberanía alimentaria en la zona rural del Sur de Kolda (Senegal) mediante la puesta en producción de huertas comunitarias gestionadas por mujeres" financiado por la Junta de Castilla y León.

El Proyecto se localiza en la zona rural del Sur del departamento de Kolda, concretamente en 25 aldeas pertenecientes a 3 Comités Rurales localizadas en una zona rural muy aislada en la franja transfronteriza colindante con Guinea Bissau.

Las beneficiarias son más de 800 campesinas/os, en su mayoría mujeres fulas y mandingas, etnias predominantes de religión musulmana. Se trata de un colectivo especialmente vulnerable por su falta casi absoluta de recursos económicos, por ser prácticamente en su totalidad analfabetas, por no haber tenido nunca un trabajo generador de renta que les permita una mayor independencia económica y refuerce su papel en la familia, por tener unas condiciones de vida absolutamente inequitativas con respecto a los hombres de su comunidad, y por carecer, junto al resto de la población de esta zona rural y especialmente sus hijos, de una alimentación adecuada.

Este proyecto de cooperación pretende fomentar la seguridad alimentaria de estas familias y en toda la zona de actuación a través de acciones con un marcado enfoque medioambiental y de género mediante la creación de una red de huertas comunitarias sostenibles, inclusivas, equitativas y diversificadas





ESTE TRABAJO HA SIDO DESARROLLADO COMO PROYECTO FORMATIVO EN CREACIÓN DE CAMPAÑAS CON FINES SOLIDARIOS, DENTRO DEL MÁSTER EN COMUNICACIÓN CON FINES SOCIALES: ESTRATEGIAS Y CAMPAÑAS DEL CAMPUS MARÍA ZAMBRANO DE SEGOVIA.
COORDINACIÓN: PROF. SUSANA DE ANDRÉS.

ACITIVIDAD ENMARCADA EN EL PROYECTO DE INNOVACIÓN DOCENTE "EDUCACIÓN PARA EL DESARROLLO Y FORMACIÓN UNIVERSITARIA" (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, 2015-16). COORDINACIÓN: ROBERTO MONJAS AGUADO Y SUYAPA MARTÍNEZ SCOTT

